

## Violencia y miedo en los medios de comunicación. La paradoja del bombero pirómano

JUAN CARLOS PÉREZ JIMÉNEZ\*

**Resumen:** Una reflexión sobre la relación entre los medios de comunicación y la violencia en la sociedad actual. Análisis del vínculo entre los contenidos violentos de la programación televisiva y otras formas de entretenimiento mediático y los niveles de alarma social y de percepción del miedo colectivo. Se cuestionan el actual contexto de saturación informativa y de ubicuidad mediática y las nuevas formas de ocio electrónico y su repercusión en los comportamientos sociales de niños, jóvenes y adultos.

**Palabras clave:** violencia, miedo, medios de comunicación, televisión, saturación informativa.

**Abstract:** An essay on the relationship between the media and violence in today's society. An analysis on the links among violent content in television programming and other forms of media entertainment and the levels of social alarm and the perception of shared fears. The article wonders about the current context of information overload and of media ubiquity and the new forms of electronic entertainment and its incidence in the social behaviour of children, youngsters and adults.

**Key words:** violence, fear, media, television, information overload.

El papel de los medios de comunicación en una cultura sedienta de información resulta a veces contradictorio, porque se desenvuelve en un entorno que demanda noticias de forma permanente. Ningún periódico, ninguna cadena de televisión, ninguna emisora de radio puede permitirse el lujo de dejar de informar temporalmente. Una vez que se abre el canal de comunicación no se puede cerrar bajo ningún concepto. Y ese compromiso sin tregua con la información se retroalimenta en espiral. La vocación periodística arranca de la intención de transmitir información que nos sea útil para la vida, que nos permita prever acontecimientos, pertrecharnos contra el mundo que nos rodea, conocer mejor la realidad. Y en una sociedad tan compleja como la nuestra siempre habrá algo que aprender, que los informativos o los periódicos nos puedan enseñar para intentar conseguir un mundo más justo, menos peligroso y hasta disfrutar de sus bondades. La lógica se tropieza, sin embargo, con esa voracidad insaciable, que obliga a los informadores a llenar primeras páginas y cabeceras de titulares que atraigan y vendan. Lo que en principio tiene una intención preventiva y altruista, se convierte con frecuencia en lo contrario, en la propagación reiterada de inseguridades, de miedos que conectan con facilidad con los puntos débiles de una audiencia ávida de reafirma-

---

Fecha de recepción: 2 junio 2007. Fecha de aceptación: 10 julio 2007.

\* Dirección: C/ Juan de la Hoz 3 bis, puerta 6. 28028 Madrid.  
e-mail: juancarlosperezjimenez@hotmail.com

ciones. El espectador espera su dosis de alarmas, escándalos, accidentes, corrupción, desengaño y crisis para reforzar su postura defensiva ante una sociedad que percibe como agresiva y hostil. Y en lugar de atemperar la fuente de los temores mediante las claves que podría facilitar, la manguera informativa riega de combustible las brasas del miedo. Y es que se puede decir que los medios de comunicación tiene el perfil psicológico de un bombero pirómano, que sabe bien que su misión es apagar el fuego y que cumple con su deber. Sólo que cuando todo ha quedado en orden, no puede evitar arrojar una cerilla para volver a participar en el espectáculo que tanto le fascina. Una mecánica que lejos de provocar aversión a la información, genera una dependencia maligna de la versión más manipuladora del periodismo.

Esta dependencia conecta con lo que el analista berlinés Hans Dieckmann denomina como *complejo de Noé*, el deseo de borrar la vida de la faz de la tierra y empezar de nuevo, como resultado del profundo disgusto del ciudadano moderno con el mundo actual. La fantasía catastrofista que en algún momento puede hacernos añorar la hecatombe —y que explica el morbo de la ingente producción de ficción en este campo— responde a un desprecio hacia el género humano tal como lo conocemos. El Apocalipsis y el Juicio Final, las predicciones milenaristas, el holocausto nuclear y la catástrofe ecológica, incluido el famoso meteorito, son todas formas de imaginar un final para el mundo que conocemos que quizás también encierran la esperanza de un nuevo comienzo. Dieckmann opina que existe en nosotros un complejo inconsciente que en realidad anhela, con una especie de *placer secreto*, una guerra aniquiladora y terrible. Nos hemos erigido en el dios vengador capaz de enviar a la humanidad el diluvio justiciero que acabe con todos los errores y toda la barbarie, exterminando todo rastro de vida. Aunque en la imaginación popular, la historia no acaba con el diluvio. Y siempre hay un pequeño grupo de elegidos que protagoniza, menos mal, el nuevo día. En nuestro contexto cultural judeocristiano, el concepto de redención se asocia de manera inconsciente con la idea del fin del mundo. «Ese puede ser el motivo —dice Dieckmann— por el que en nuestro fuero interno, el miedo que evocan los horrores del fin del mundo no acabe de tener efecto y no nos influya para trabajar en su prevención».<sup>1</sup> La amenaza del crecimiento insostenible de la población es otra de las ideas que alienta esta fantasía destructiva. Ante la previsión de un fin inevitable por saturación y exceso, la perspectiva de la catástrofe casi total supone una paradójica alternativa saneada y enfermiza. Un artículo publicado hace años en el diario francés *Libération*, a propósito de un accidente en una central atómica, denunciaba el peligro del «delicioso escalofrío del riesgo nuclear». El cosquilleo contradictorio que provoca el anuncio de un gran cataclismo —cuando no nos coge cerca— se parece al que se compra con la entrada de una producción audiovisual de ese exitoso género de cine de catástrofes. En esa agrídulce sensación que se experimenta ante el desastre absoluto, se puede leer un fondo de castigo apocalíptico merecido por las incontables atrocidades, contra nosotros mismos y contra el planeta, que hemos protagonizado ya. Y las que nos quedan si no estalla la bomba o se hunden nuestras ciudades bajo el mar.

En un libro sugerentemente titulado *El miedo es el mensaje*, el sociólogo Enrique Gil Calvo afirma que «lo que ha crecido con la globalización no es tanto el riesgo *real* como el conocimiento del riesgo *percibido*».<sup>2</sup> Su opinión en este sentido redundante en la teoría de que vivimos una epidemia de alarmismo alimentada desde los medios de comunicación. La extensión de la idea de que habitamos una sociedad más peligrosa y por lo tanto más nociva se debería traducir en datos concretos,

1 H. Dieckmann, «Psychological Reflections on the Nuclear Threat», *Quadrant*, 18, 2, 1985, págs. 57-70.

2 E. Gil Calvo, *El miedo es el mensaje. Riesgo, incertidumbre y medios de comunicación*, Madrid, Alianza, 2003, p. 38.

pero esto se contradice con unas tasas de longevidad que crecen por encima de las previsiones más optimistas. Recordemos que en los últimos 50 años, la esperanza media de vida al nacer se ha incrementado en términos mundiales en cerca de 20 años, pasando de 46,5 a 65,2 años. Otra cosa es el número absoluto de cadáveres que genera nuestra civilización, ya que conforme aumenta la población, las cifras de accidentes, de víctimas, de enfermos y de muertos por día aumentan a un ritmo de vértigo.

A este respecto resulta significativo analizar el resultado de una macro-encuesta mundial que recogía la tendencia personal al optimismo o pesimismo en referencia a temas clave como la seguridad y la prosperidad.<sup>3</sup> Y los pesimistas vencieron por goleada. El 48% de los entrevistados en todo el planeta creían que la próxima generación vivirá en un mundo menos seguro, frente a sólo un 25% que opinaba que el mundo sería un mejor lugar para vivir dentro de unos años. En Europa Occidental, la cifra de los pesimistas se elevaba hasta el 64%, un mal resultado sin duda para un mundo tan moderno y esforzado. Si ésa es la percepción con respecto a la seguridad, no cabe duda de que el miedo acecha y va en aumento. Es muy posible que lo que favorezca esta escalada del miedo sea el convencimiento de que no nos podemos defender de él, ya que lo que resulta amenazante no es un elemento ajeno a nuestra sociedad, sino parte integrante de la misma, consecuencia inevitable de nuestro propio funcionamiento, como subraya Ulrich Beck en su libro *La sociedad del riesgo*. Según esta teoría, el riesgo y los peligros de hoy están imbricados en nuestra economía y en nuestra forma de vida y ninguno de nosotros es ajeno a ellos. Además «son de naturaleza global por cuanto amenazan a la gente, los animales y las plantas. Se traducen en contaminación industrial global, polución del aire, del agua, de los alimentos, etcétera y también en enfermedades y muerte de plantas, animales y personas.»<sup>4</sup>

Pero también el número de nacimientos, de personas sanas y de estados de bienestar ha aumentado. La cuestión es que como nuestra cultura nunca ha sabido reparar en esas noticias, sólo nos cuentan que cada día se suman más dramas humanos de toda clase. El resultado no es un crecimiento de la exposición personal al peligro, sino un aumento en la conciencia de sufrimiento, dolor y muerte del género humano. Se trata de un estado mental, de la percepción de un malestar psicológico que sin tener razón absoluta, es real y cuantificable. Una amarga paradoja, en fin. Y si en cuarenta años aumenta en un cincuenta por ciento la población mundial, ¿debemos prepararnos para recibir el doble de malas noticias? Aunque ya nos hayan conmovido tanto los niveles que puede alcanzar la crueldad humana, la decepción de nuestros congéneres puede no tener fin. Cuando nuestros ojos contemplan todo lo que ocurre, cuando tenemos repartido por todo el planeta corresponsales del drama ajeno que nos traen centenares de imágenes radiantes de crudeza, la percepción se nos dispara hasta el umbral de lo insensible. Un umbral que se alcanza cuando hemos sido testigos de infinitos accidentes, atentados inimaginables, crímenes insoportables que nos han llevado y traído más allá de las fronteras del miedo natural. Se ha hablado mucho de los niveles de escepticismo que alcanza el ciudadano occidental frente a los graves problemas que le rodean. Lo sorprendente es que no haya estallado ya por sobredosis de tragedia.

Ya sabemos que la prioridad informativa no descansa sobre el número objetivo de víctimas ni el peso de la realidad es siempre un elemento decisivo. Los muertos próximos, física y afecti-

---

3 Encuesta hecha pública por Gallup en enero de 2004 para el Foro Económico Mundial, con 43.000 entrevistados en 51 países.

4 U. Beck, *Risikogesellschaft. Auf dem Weg in eine andere Moderne*, Frankfurt, Surkhamp Verlag, 1986.

vamente, tienen más importancia que los lejanos. El baremo lo establece qué es lo que asusta y conmueve más a la mayoría, porque se ha extendido la noticia de que «la gente reacciona al miedo, no al amor. Eso no es lo que enseñan en catequesis, pero es la verdad.» Esta siniestra frase del polémico presidente americano Richard Nixon conecta con el espíritu de los tiempos que vivimos. Así se puede explicar la reflexión que lanzaba un autor desde las páginas del *New York Times*, al respecto de la influencia de los contenidos televisivos en la población. Su planteamiento era que si los jóvenes ven decenas de miles de asesinatos en televisión, también ven incluso más actos de amabilidad. Las teleseries, las comedias románticas, las telenovelas, las películas de fin de semana, los dramas médicos, e incluso las series policíacas, están repletos de personajes que constantemente se enamoran y se ayudan. Frente al popular concepto de *violencia gratuita*, Peter Cooke habla de que los protagonistas de casi todos estos espacios comparten unas dosis tan altas de paz, tolerancia y comprensión que se les podría acusar de ejercer una *armonía gratuita*. ¿Por qué no llegar a la conclusión, se pregunta, de que la televisión promueve la bondad tanto como la violencia?<sup>5</sup> Debe ser que le prestamos más atención a las consecuencias de los mensajes de violencia y temor, porque sabemos que el miedo desata un interés primario en nosotros que conecta con la sensación de estar vivos, con la certeza de que si en algún momento tememos perder nuestra integridad física o psíquica es porque aún la tenemos.

Además, el componente de excepcionalidad asociado a la ultraviolencia ayuda a percibirla, como ficción cuando se exhibe en los medios de comunicación, como algo ajeno a nuestra realidad. Desde luego, el visionado de imágenes violentas sólo ha debido usarse con intención edificante en *La naranja mecánica* de Anthony Burgess, donde se extirpaba cualquier tendencia agresiva del protagonista exponiéndolo a una incesante sucesión de aberraciones. Ahora las pantallas muestran la disección de los tejidos más íntimos de nuestros cuerpos en programas quirúrgicos y series médicas o forenses con afán de mero entretenimiento.

La cuestión es si debe tomarse alguna iniciativa fuera del ámbito privado para regular estas tendencias. La revista inglesa *The Face*, encabezaba ya hace años un artículo sobre la censura con la siguiente pregunta: «Pronto pueden aprobarse nuevas leyes para prohibirnos ver películas violentas como la serie de *El muñeco diabólico*. ¿Pero realmente creará esto una sociedad más segura, más solidaria, o es sólo un síntoma de pánico?»<sup>6</sup> En Estados Unidos también se están tomando medidas en este sentido: las cadenas comerciales cuantifican los niveles de violencia que alcanzan sus emisiones y algunas han llegado a erradicar las escenas violentas de sus informativos, ante la amenaza del gobierno de obligarlas a adoptar un sistema que controle estas imágenes. En los 90 se comercializó un sistema de censura familiar —el llamado *chip antiviolencia*— que permitía a los responsables de la casa bloquear el visionado de los programas que consideraban inadecuados para sus hijos. La ley de Autorregulación televisiva que entró en funcionamiento hace un par de años también fue una iniciativa en esta línea. Ustedes me dirán si han notado alguna diferencia.

Es curiosa la reacción automática que relaciona en los últimos tiempos la violencia infantil y juvenil con los medios audiovisuales. En el caso del asesinato del niño Jamie Bulger a manos de otros dos pequeños de 10 años, el juez concluyó la influencia en el crimen del visionado de una película de terror infantil que se encontraba en casa de uno de los pequeños asesinos: *El muñeco diabólico*, cuyo título original en inglés —la lengua de los pequeños implicados— es *Child's Play*

5 B. Glassner, *The Culture of Fear. Why Americans Are Afraid of the Wrong Things*, Nueva York: Basic Books, 1999, pp. 42-43.

6 M. Edwards, «Censorship», *The Face*, junio, 1994, p. 63.

(Juego de niños), mucho más jugoso en este contexto. El comentario del juez fue inmediatamente recogido por la prensa, que inflamó la opinión pública en contra de las producciones de terror y violencia. Especial impacto en nuestro país tuvo el llamado *crimen del rol*, sucedido en abril de 1994, fecha en la que un hombre de 52 años, Carlos M., empleado de limpieza, casado y con tres hijos, fue asesinado por un grupo de jóvenes que crearon un juego según el cual debían matar a seres «inferiores». Según el fallo judicial, ambos asaltaron al trabajador hacia la 1.30 de la madrugada en una parada de autobús del barrio de Manoterías, donde el hombre esperaba para dirigirse a su puesto de trabajo. Siguiendo el juego de rol, que los acusados idearon y llamaron *Razas*, asestaron 19 cuchilladas a este ciudadano por el simple hecho de responder a las características con las que el macabro juego describía a las víctimas. Los dos jóvenes, estudiantes, habían construido, según los jueces, un mundo imaginario que trasladaron a la realidad. Este asesinato, además de demostrar una terrorífica sangre fría ejercida por chicos jóvenes, incorporaba un ingrediente mediático tan nuevo como espeluznante. Y el mismo escalofrío recorrería la opinión pública cuando otro menor asesino saltó a primera plana. José Rabadán Pardo, un chico de 16 años asesinó a sus padres y a su hermana de 9 años con una katana en abril de 2000, un triple crimen que conmocionó a la ciudad de Murcia y al resto del país. La policía hizo público que el joven era adicto a los videojuegos, un ávido lector de magia negra, satanismo y practicante de artes marciales. Además en su casa, los investigadores hallaron una copia de *Final Fantasy VIII*, un juego de rol para PC cuyo protagonista Squal Leonhart, de 17 años, luchaba contra sus adversarios armado con una espada similar a la katana que se utilizó para el asesinato. Conocidos de José dijeron que, al igual que el personaje, él era taciturno y solitario, que todo el tiempo hablaba de Squal Leonhart y de sus luchas contra tiranos y opresores y que se identificaba tanto con el protagonista del juego que hasta se peinaba como él. Sólo dos meses después, otro crimen adolescente saltó a los titulares cuando dos chicas asesinaron en San Fernando (Cádiz), a Clara María García Casado, una joven de 16 años. La víctima fue llevada a un descampado por dos compañeras de clase, Iria y Raquel de 16 y 17 años, quienes con un arma blanca le produjeron 25 heridas en el cuerpo, sobre todo en la zona del cuello, hasta prácticamente degollarla. El brutal crimen se vinculó a ritos satánicos, prácticas espiritistas o a un siniestro *juego de rol*. Y aunque las causas de estas psicopatías haya que buscarlas más a fondo, no cabe duda de que el vínculo de los crímenes con obsesivas formas de ocio les añaden un interés no desdeñable a la hora de valorarlos en nuestro contexto social. Entre el Hombre del Saco rural y legendario y el urbano crimen del rol, hay un proceso postindustrial que es el mismo que se ha vivido en este país durante las últimas décadas.

El artista audiovisual Daniel Canogar afirma que «la presencia de armas de fuego en el juego infantil —especialmente el del varón— canalizan los instintos agresivos del niño. En la actualidad, son los videojuegos los que se han convertido en los principales descargadores de estos instintos agresivos infantiles y juveniles. Se calcula que un jugador medio comete unos mil doscientos asesinatos simbólicos por hora, cifra que preocupa a los psicólogos, quienes están comenzando a pensar que estos juegos electrónicos pueden llegar a estimular comportamientos agresivos en el niño.»<sup>7</sup> Esta relación de los niños con las pantallas y la violencia articula la tesis que del libro de Gerald Jones *Matando monstruos. Por qué los niños necesitan fantasía, super-héroes y violencia imaginaria*. A lo largo de sus casi trescientas páginas Jones ejemplifica de diversas maneras cómo la

---

7 D. Canogar, «La realidad virtual y la sociedad del espectáculo», *Plusvalías de la imagen*, Marcelo Expósito y Gabriel Villota, editores, Rekalde, Bilbao, 1993, p. 195.

violencia mediática puede ser útil a la hora de canalizar la agresividad, digerir miedos y entender las manifestaciones de violencia del mundo real. «Casi todas las historias violentas que apasionan a los niños representan poderosas lecciones sobre el valor, la resistencia y el desarrollo personal,»<sup>8</sup> afirma Jones, como ya hiciera Bruno Bettelheim en su *Psicoanálisis de los cuentos de hadas* estudiando los cuentos clásicos, sólo que esta vez, el objeto de estudio son los videojuegos, las series de dibujos como Pokémon y los personajes de cómic. Jones sugiere que en lugar de causar una conducta agresiva por imitación, el entretenimiento violento proporciona una catarsis. Para demostrarlo se remonta a los *baby boomers*, una generación de norteamericanos criados en los 50 a base de *comics* violentos, películas del oeste o de terror y series policíacas, que se volvieron pacifistas en los 60. En los 70 se extendió la idea de que el entretenimiento violento afectaba negativamente a la formación de los niños, y se redujo la violencia explícita en las series infantiles e incluso las producciones para adultos recibieron clasificaciones morales, para mantenerlas inaccesibles a los jóvenes. Los fabricantes de juguetes desterraron las pistolas de plástico y las espadas y los grandes fabricantes de soldados de plástico dejaron de producir. Pero las cifras de criminalidad aumentaron de forma espectacular. En los 90, en cambio, la estadística de delitos juveniles descendió, cuando los niños que crecieron en los 80 con productos claramente más violentos, llegaron a la adolescencia. De ahí que Jones argumente que no se deben prohibir las actividades ni el entretenimiento violento. Más bien sugiere que los padres hablen con sus hijos sobre lo que les atrae de estas formas de diversión para detectar posibles fuentes de problemas.

Una cuestión a considerar también serán los valores colaterales implícitos en los videojuegos y demás producciones violentas dirigidas a los niños. Un estudio de la Universidad de León hecho público en 2005 afirmaba que los juegos de ordenador «reproducen estereotipos sexistas» y responden a un «esquema viril distorsionado». El trabajo destaca que la representación femenina es menor (un 17% frente a un 64%, mientras que el resto supongo que serán monstruos o alienígenas de sexo indefinido) y que la mujer siempre aparece sometida y en actitud pasiva. En el 98% de los juegos analizados se asociaba al hombre con la dureza y a la mujer con la belleza. Y si los videojuegos se basan en una *cultura del macho*, no menos preocupantes son los estereotipos que representan las muñecas que arrasan entre las niñas de medio mundo. El ideal de la mujer-barbie sigue funcionando a plena potencia. Al clásico de Mattel se han sumado nuevas generaciones de modelos de plástico y melena sintética que sólo pueden comparar su alto grado de perfección física con su bajo nivel de inquietud intelectual. O al menos, a primera vista no parece que las Bratz vayan a leer el Quijote. Su eslogan de venta, *The girls with a passion for fashion (Chicas con pasión por la moda)* puede orientarnos sobre sus prioridades.

Otra investigación realizada entre 1.300 niños de la Comunidad de Madrid para determinar el impacto de la violencia televisiva en la infancia concluía que los niños, que pasan unas dos horas y media diaria ante el televisor sin compañía de ningún adulto, perciben la violencia como algo normal. Un 15% de los niños daba muestras de resultar influenciado por lo visto en la pantalla, bien imitando lo que ven o presentando un efecto de aprendizaje ante la violencia televisiva. La exposición continua a programas violentos produce, definitivamente, un efecto en el niño, que refuerza una conducta o actitud ya existente o que le enseña nuevas formas de comportamiento.<sup>9</sup>

8 G. Jones, *Matando monstruos. Por qué los niños necesitan fantasía, super-héroes y violencia imaginaria*, Barcelona, Ares y Mares/ Editorial Crítica, 2002, p. 258.

9 M. C. García Galera y J. A. Ruiz San Román, «Violencia y medios de comunicación. El impacto de la violencia televisiva en la infancia de la Comunidad de Madrid», 2004, Centro Universitario Villanueva, Madrid.

Otro estudio elaborado por un grupo de investigación de la Universidad Complutense, dirigido por la profesora Carmen Santisteban y hecho público en febrero de 2005, afirmaba que los niños que ven más horas de televisión o dedican más tiempo a los videojuegos presentan más agresividad. Y otra investigación más del IORTV hecha pública en noviembre de 2004 concluía que los niños que ven más informativos en televisión son menos sensibles a la violencia. Jordi Montferrer, de la Universidad de Salamanca, uno de los autores de este estudio, decía que esos niños «generan menos ideas violentas, lo que confirma la teoría de la insensibilización hacia ella. Cuanto más violencia se consume, más nos acostumbramos a ella y menos nos importa.»<sup>10</sup> Lo sorprendente de esta noticia es la forma en la que diferentes medios de comunicación la recogieron, dándole un giro positivo. El periódico *El Mundo* tituló así la noticia: «Menos violencia en los niños que ven más informativos»; en *El Correo Digital* apareció, «Los niños que ven más informativos, menos proclives a la violencia», y en el diario *El País*, «Un estudio concluye que los informativos vacunan a los niños contra la violencia».<sup>11</sup> Parece evidente que no es lo mismo educar a niños insensibles, indolentes frente al sufrimiento que a niños pacifistas. Y aunque es muy probable también que los videojuegos ayuden a los niños a canalizar la violencia, seguro que también es una cuestión de grado y que son mucho mejores para ese objetivo los juegos que ayudan a descargar la agresividad incluyendo el ejercicio del cuerpo, máxime a una edad en la que la energía desborda y se necesita la interacción con otros niños. Pero ahí los tenemos, pegados a las pantallas, enmudecidos frente a sus consolas, autogestionando su agresividad y matando a solas todo tipo de monstruos. Para averiguar si están venciendo sus temores o si es la partida la que les gana, no habrá más remedio que hablar con ellos.

### Violencia para adultos

Por lo que se refiere a los adultos, resulta increíble hasta qué extremos pueden llegar las osadías audiovisuales para violentar al espectador y a los participantes en un programa de televisión. La televisión generalista parece haber traspasado el límite de los contenidos que pueden atraer la atención: violencia, morbo, exhibicionismo, hasta llegar a la humillación pública. El programa *The Word*, como luego tantos otros, de la cadena británica Channel 4, invitaba a sus concursantes a realizar pruebas que superaban lo tolerable. Desde ingerir insectos o gusanos hasta practicar la coprofagia, la humillación voluntaria no puede llegar más lejos. Resulta difícil imaginar hasta dónde sería capaz de llegar la televisión en su afán por desafiar la indiferencia de los espectadores. El campo está abonado desde hace tiempo; *morbo* es el término clave en la televisión de hoy. Una palabra que en latín no significa otra cosa que enfermedad, parece diagnosticar el estado del medio y la sociedad que lo padece. La acepción de curiosidad malsana que tiene en castellano, se complementa con su traducción italiana como blandura o suavidad. Esta última idea conecta con la tesis de Vattimo del «pensamiento débil» como característica de la sociedad contemporánea. Un mundo sin convicciones que opta por la disipación a toda costa, que renuncia a cualquier disciplina y vierte en las pantallas sus sueños diurnos.

Los medios de comunicación, obsesionados por el drama, centran la atención en el interés equivocado. Es alarmante la progresiva distorsión de la realidad que están ofreciendo los medios en todo el mundo. Lo que hace unas décadas parecía una moda parcial o una característica nacional de la

---

<sup>10</sup> *Expansión*, 30-11-04, p. 40.

<sup>11</sup> Artículos de prensa del 30 de noviembre de 2004.

idiosincrasia americana excesivamente orientada al drama, se extiende ahora por todo el mundo. La oferta definitiva parece ser el combinado de violencia y sexo que encuentra su máximo exponente literario en las novelas de Bret Easton Ellis *American Psycho* o *Los confidentes*. Aunque su autor se empeñe en apostar por la crítica implícita en sus retratos literalmente descarnados, es obvio que no le perjudica el favor del que gozan los temas más escabrosos. Estas creaciones supuestamente *denuncistas* aprovechan el tirón tan favorablemente como Oliver Stone con sus ambiguos y rentables *Natural Born Killers*. En un terreno más honesto, pero aún más radical se encuentra Quentin Tarantino, que desde *Reservoir Dogs* hasta *Kill Bill 2* nos ha enseñado a morir y matar de todas las formas posibles. Es cierto que una sociedad frustrada se convierte en campo abonado para la proliferación de distorsiones de la imagen, que cómo las pesadillas de un neurótico, devoran su autoestima. Pero si se adopta, en cambio, una actitud policial hacia estas producciones, obras como *Un chien andalou* de Buñuel y Dalí, nunca hubieran visto la luz. Además, el peligro no se puede erradicar. Así que la única opción parece ser la educación del ciudadano, que se encuentre provisto de herramientas suficientes para distinguir entre lo que considera formativo, entretenido o curioso y lo que es definitivamente dañino para sí mismo.

La violencia, la tragedia y la catástrofe son señuelos a los que resulta difícil resistirse y los responsables de los medios de comunicación lo saben bien: una manera fácil de convocar o retener a la audiencia es contando los dramas de otros. Ya decía Edmund Burke en el siglo XVIII que si el terror no tiene relación con el peligro real de destrucción de la persona, puede producir deleite. Y eso es lo que ha ocurrido con la información masiva en todo el mundo y más aún en un país tan propenso a la paranoia como Estados Unidos. La atracción por el drama y la afición a los sucesos son incontenibles y lo peor es que alimentan un clima que acaba en más de 11.000 asesinatos anuales, otorgando así a aquel país un vergonzante récord mundial. Resulta tentador disfrazar de servicio al público la información más morbosa y abyecta sobre lo que sucede en nuestro mundo. Con un ademán de preocupación y de interés por el otro, se cubren exhaustivamente los casos más escabrosos, recreándose en detalles que merecerían intimidad y respeto. La visión acumulada de estos sucesos alimenta fácilmente la desconfianza hacia los demás, hacia el entorno. La idea de inseguridad corre de boca en boca como prioridad social. Todas y cada una de las conductas perversas y de los actos criminales que tienen lugar en Occidente están descritos al pormenor en uno u otro medio. No se puede cerrar los ojos a la realidad, pero no apartar la vista de la llaga no creo que sea realismo. Brian Glassner lo dice bien claro cuando le entrevista Michael Moore en *Bowling for Columbine*: aunque los crímenes hayan descendido un 20% en los últimos años, la información sobre ellos ha aumentado un 600%. Se necesita una información responsable que no abone la mirada más torva del espectador y, por supuesto, una audiencia madura que se distancie de lo que recibe y lo sitúe en su contexto. Si empezamos a guardar pistolas bajo la almohada, como hacen los norteamericanos, para protegernos de una posible agresión, el propio mecanismo de defensa se convierte en el peligro mayor. Y si esas armas están en manos de una población que sufre una manía persecutoria azuzada casi 4 horas al día por una televisión ávida de audiencia a cualquier precio, el cóctel mortal está servido y al alcance de todos, menores incluidos. Aunque no son los medios de comunicación los únicos a los que pedirles cuentas. Las injusticias sociales y la discriminación racial están en la raíz de un comportamiento que se justifica en el miedo al otro, al concebirle como posible agresor.

Afortunadamente, la percepción del miedo es menor en Europa que en Estados Unidos donde, desde la experiencia de la *frontera*, se mantuvo desplegada la alerta frente al contrincante en pugna por una misma tierra. Los estadounidenses entran al trazo de la provocación paranoica de la ame-



naza externa, temerosos de que les quiten lo que han conseguido. Y así resulta más fácil convertir el miedo en herramienta de manipulación política y en factor de entretenimiento mediático. Los europeos, por nuestra parte, llevamos a la espalda varios milenios de enfrentamientos, invasiones, conquistas y convivencia, que han estructurado los territorios de muchas maneras diferentes. Aunque nunca hayamos estado a salvo de la barbarie, quizás nos resulte sólo un poco más difícil creernos los roles maniqueos del compatriota bueno y el extranjero malo. Ese escepticismo hacia lo propio puede que nos acerque a una decadencia que nos resta la pujanza de una cultura adolescente que aún se percibe omnipotente y se cree sus fantasías, pero nos da realismo y humanidad, en particular, tras las durísimas vivencias del pasado siglo XX. Mientras tanto, Estados Unidos resulta actualmente tan peligroso como un jovencito rico y consentido al volante de un último modelo, ebrio de sí mismo y a toda velocidad por la autopista, que piensa que los demás sólo sienten envidia de sus *gadgets* de marca y que es capaz de creerse el papel de abanderado de la libertad para así justificar las mayores atrocidades manteniendo su nivel de gasto. Y para asustarlo sólo hay que repetirle la cantinela de que van a venir a quitarle su descapotable y su guardarropa de diseño. Pronto convertirá su propiedad en un lugar fortificado, se rodeará de servicios de seguridad, cámaras de control y se buscará un arsenal de última generación que no vacilará en utilizar.

Pero ¿es simplemente el gancho mediático del miedo y la violencia lo que lleva a muchos periodistas a convertirlo en el objetivo de todas las miradas? La triste respuesta es que sí. Desde siempre sabemos que las buenas noticias no son noticia. Cuando se quiere potenciar un espacio informativo, el sensacionalismo es un recurso siempre eficaz a corto plazo. Es cierto que su utilización genera un coste de desgaste y pérdida de crédito, pero la primera reacción suele ser promover el interés. El mensaje del miedo tiene la ventaja de que además puede disfrazarse de servicio al público, porque alerta sobre la amenaza y, al menos en teoría, promociona una actitud de protección de la vida. En el mismo punto en el que radica el secreto de su éxito, reside la clave de su carácter manipulador. Se nos vende como alarma preventiva para que tomemos conciencia del posible riesgo, acusando con el dedo la fuente del peligro a evitar. Pero al mismo tiempo, va sedimentando en los lectores, oyentes y espectadores un poso de temores acumulados que tiene el efecto contrario. La desconfianza, la sospecha y la paranoia se instalan en el ciudadano, que podrá recurrir a ellas siempre que necesite justificar un desprecio o una descalificación. Los medios de comunicación nos dan cada día pruebas más que suficientes que demuestran que los inmigrantes son unos criminales, los homosexuales unos frívolos y los jóvenes unos irresponsables. La difusión de estos estereotipos alimenta un círculo vicioso de prejuicios que es muy difícil romper. Porque además demanda la reafirmación continua de los modelos que propone. Cuando se ha generado una corriente de opinión acerca de un estereotipo social, no existe ninguna predisposición a cambiarla. Más bien al contrario, se rastrean las evidencias que puedan confirmar que los chinos son siniestros, los negros sensuales y los andaluces graciosos. Eso redundará en una mayor porosidad hacia los mensajes que arrastran los valores del estereotipo y una actitud de escepticismo o ceguera mediática hacia los que aportan evidencias de lo contrario. El miedo ha cumplido su misión: disparar los sentidos en la dirección del peligro. El problema es que el peligro puede no ser tan real como creemos, y que puede haber intereses secundarios que se beneficien de la existencia de semejantes prejuicios.

Vivimos demasiado asustados para el nivel de amenaza real en que nos encontramos en los países occidentales. El exceso de información no es indeseable, conviene conocer a fondo los detalles de lo que somos capaces los humanos, de lo que se vive en el mundo. Pero hay que dar un paso más, hay que sobreponerse y distanciarse del horror, realizar la catarsis necesaria que nos devuelva al lugar de los ingenuos.

Hay quien pretende dar una lectura positiva al exceso de miedo que provoca la información, por cuanto las alarmas que dispara pueden evitarnos sufrimientos mayores. Rojas Marcos opina en este sentido que el terrorismo es una forma de violencia menor que ha venido a sustituir a las guerras masivas, «guerras donde morían 50 millones de personas, que ya no se conciben. Hoy el arma es otra, es el miedo. Antes había que matar a miles para llamar la atención. Hoy basta con amenazar de muerte a una persona para remover la conciencia del mundo entero.»<sup>12</sup> Es cierto que Occidente está conectado a los medios de información que nos tienen al día de cada secuestro, atentado o asesinato que suceden en ciertas partes del globo. Pero las grandes matanzas bélicas no han terminado, sólo se han desplazado a otros escenarios, hasta lugares olvidados a los que no se les presta tanta atención. Es por eso que casi nadie sabe que han muerto casi cuatro millones de hombres, mujeres y niños como consecuencia de la reciente guerra civil del Congo. ¿Estamos seguros de que el arma del miedo nos ha vacunado contra la III Guerra Mundial? No se puede entender esta política del miedo como un avance que evita la guerra, sino como un síntoma de que somos cada vez más manipulables.

---

12 Declaraciones de Luis Rojas Marcos en una entrevista a *El país*, publicada el 23 de abril de 2005.